

MARCELINO KANAWIRI

Por Pastor Ordóñez

El doctor Pastor Ordóñez es un distinguido jurista y pedagogo que se ha significado por la independencia de su carácter y por la incondicional simpatía que manifestó siempre por toda labor de espíritu. Además de tratadista muy versado en etnografía peruana—es autor de una interesante tesis: "Las Warayoc", ensayo de un gobierno local—sabe conceder al arte la importancia social y educativa que le asigna sin rebosar todo hombre de cultura; él mismo es un brillante amateur y tiene cometidos algunos bocetos pictóricos que bien prueban los quilates de su talento.

El trabajo que insertamos es la interesante narración de un hecho real, acaecido en esta ciudad no más de diez años há. No es un cuento. El lo acentúa al concedernos la primicia de su publicación. El proceso que se siguió contra Kanawiri se ha declarado prescrito hace poco. El Dr. Ordóñez fué defensor de Kanawiri, y está compenetrado, por tanto, de los incidentes de este episodio indígena. Ordóñez logró la absolución de su defendido.

Estimamos que a este trabajo deben continuar otros de su índole, y que uno de los intelectuales titikaka llamado a ello es Ordóñez, que posee no pequeño arsenal de materiales para hacernos la revelación de ese mundo desconcertante del aborigen, donde se agitan ideas realmente asombrosas que no es del caso tipificar como simples resabios de la prehistoria, sino como la existencia de inquietudes que escapan al pantheísmo, animismo o naturismo porque pertenecen a una región superior de la inteligencia.

apenas se adaptan hoy, con lentitud desesperante, a las costumbres del país. Sus leyendas guardan el vago y tenue recuerdo de la calurosa región de donde fueron transportados; sus creencias no se conforman con la viril tradición aymara, entre los que viven como extraños, conservando ancestrales costumbres, guardando esquivos la pureza de su raza.

Endógamos y huraños, sin la agresividad valiente de sus vecinos los *chuquytus*, reciben tranquilos el menosprecio que les rodea. Dedicados siempre a su pequeño comercio y a su incipiente industria, concurren en las mañanas a mercar sus productos al poblado y en las tardes en deseminadas filas vuelven a sus chozas para cuidar las sementeras. Con el atado a la espalda recorren largas distancias y los domingos se les observa vendiendo en mercados muy lejanos las hortalizas que han llevado para el negocio. De estos era Marcelino Kanawiri.

Manuel Florez y Dionicia Vizcarra, en concubinato amoroso establecieron su pastelería en una de las pequeñas tiendas del Parque "Pino". Economía y trabajo dieron prosperidad al negocio, dibujándose para ellos en un porvenir no lejano horizontes de holgura que les permitiría legitimar su unión, mediante un matrimonio conforme los preceptos de la Iglesia. Un hijo, primicerio fruto de sus amores, alegró la familia, y las esperanzas concebidas acrecieron más el cariño de los padres.

Ingenuos ambos, con supersticiones y creencias heredadas, comprendían que toda enfermedad es el resultado de la acción castigadora de algún ser superior y misterioso, y que nada es mejor para la cura, que desagraviarlo con ofrendas y sacrificios o expulsarlo del cuerpo del enfermo por el poder exorcizante de un brujo, de un *yatiri*(7).

Nadie mejor que Kanawiri. Y a él recurrieron para salvar al hijo enfermo. En peregrinación fervorosa recorrieron ámbos esposos a pié las dos leguas largas que separan la Ciudad de Ichu, para buscar y comprometer al *kolliri*. Algunas sumas de dinero, copiosos regalos en comestibles y bebidas movieron su benevolencia, y al fin de tantos ruegos se consiguieron su asentimiento bondadoso, regresando en la tarde con Kanawiri, Andrés Choke y un *llokalla* (8), acólito obligado del curandero en todas sus ceremonias.

Y fué en la noche; una noche puneña del mes de junio, mientras el viento glacial de las alturas soplabla con tanta fuerza y la ciudad silenciosa parecía abandonada, que se practicó el ritual simbólico para sanar al enfermo.

Dos espíritus buenos: del *Manto* y *Khancharani*(9), pugnaban por arrojar al de *Azoguini*(10) del cuerpo del niño. Éste... éste, le causaba el mal que lentamente, con intermitencias de fiebre, le robaba la vida. Indispensable era ayudar a los primeros en la mítica lucha de los *aukis*(11) para que *Azoguini* huyera o fuese destrui-

do; o mejor, todavía, procurar su perdón mediante ofrendas y holocaustos. Sólo así se conseguiría la curación deseada. Tal la teoría terapéutica, lógica y sencilla del curandero.

Fórmulas mágicas, palabrerías simbólicas, actitudes hieráticas, cuidadosamente estudiadas y, sobre todo, presentes muchas ofrendas para satisfacer al *Azoguini* o atraer mayormente la voluntad de los espíritus de bien, para luchar con el malo, debían ponerse en práctica.

Extendida la *unkuña*(12) al suelo, puestos los instrumentos del ritual: unos *churos* (13) llenos de licor; esculturas diminutas de piedra de *Huamanga* representando ídolos extraños de dioses benignos, de los cuales raspando previamente se hizo beber en alcohol partículas pequeñas; puesta la coca y el dinero de los desagrios; hechas las cruces a los cuatro vientos, arrodillándose en cada vez e inclinando el dorso hasta tocar la frente al suelo; arrojadas las hojas agoreras en alto y vueltas a cojer; separadas las hojas *mallkus*(14) y colocadas en cruz; invocados los santos San Pedro y Jesucristo y puestos los dones para propiciar a los espíritus del aire, comenzó el indio sus exorcismos.

Cuando apagadas las luces reinó el mayor silencio, se dejaron oír a poco sonidos extraños... voces apagadas que parecían aproximarse... rumores de querellas, ténues, que aumentaban poco a poco... algarazara de lucha en el mismo cuarto, con voces de ofensa que se alejaban y perdían como en el espesor de las paredes, en los ángulos de las puertas... Y, después... silencio.

Las llamadas de Kanawiri no recibían respuesta.

¡Pánico profundo dominaba a los circunstantes!

Y cuando callaba todo y se volvía a encender las bujías, los espíritus en lucha habían consumido las ofrendas, habiánse llevado el dinero...

No estaban contentos, debían comenzar de nuevo.

Y otra vez la escena... Cuando nuevamente puestos los dones se apagaban las luces, volvían a producirse ruidos parecidos... palabras extrañas pronunciadas distintamente se escuchaban. Y después... el mismo descontento señalado por la ausencia de los espíritus, sordos a las llamadas del brujo.

Como en los obligados descansos se hacían *tinkas*(15) con libaciones frecuentes, los ánimos se exaltaban. Flores, timorato a un principio, discutía ofreciendo destruir al espíritu perverso que causaba la enfer-

medad del hijo. Su exaltación crecía con las horas que pasaban sin resultado favorable.

Y pasó la media noche. La mañana al boreaba y se anunciaba un nuevo día al clarín de los gallos que con cantos sucesivos despertaban la ciudad dormida. Y el espíritu maligno no había podido ser vencido.

Su destrucción era indispensable antes de que el Sol saltase, pues en caso contrario moriría indefectiblemente el niño.

En tan fatales circunstancias recordó Flores que guardaba un pequeño fusil, una de aquellos que se usa para la caza menor, con balas de nueve milímetros. ¿No sería conveniente disparar sobre el espíritu malvado, matarlo, y así salvar al enfermo?... Tuvo la idea aprobada general. Muerto el espíritu del perverso *Azoguini*, terminarían los males.

Flores se encargó del disparo. Kanawiri le aconsejaba tirar alto porque los espíritus siempre vuelan, con mucho cuidado y en dirección de los ruidos. Así se ahuyentaría al maléfico, jamás volvería.

Cuando en la oscuridad se repitieron los ruidos, como algo que se mueve con cautela, como ser que se arrastra en avances de reptil, sonó el tiro.

Y después, un grito humano y fugaces estertores de agonía. Luego, silencio...

Kanawiri ordenó prender las luces. Andrés Choke no se movía. El certero proyectil le había perforado el frontal causándole muerte instantánea.

El proceso que siguió al hecho, no salió de la vulgaridad de los juicios, sino por temores del Juez para dictar a Kanawiri orden de detención definitiva, y el afán interesado del pueblo para hacerlo fugar.

PERU

- 1.—Brujo.
- 2.—Médico, curandero.
- 3.—Peces de la fauna del lago Titikaka.
- 4.—Estera.
- 5.—Serranías al sur de Puno.
- 6.—Pueblos transportados en épocas inkasicas y preinkasicas.
- 7.—Adivino.
- 8.—Indio aymara joven.
- 9.—Cerros al sur de Puno, en dirección a Ichu.
- 10.—Cerro al norte de Puno, palabra castellana con terminación aymara; quiere decir con azogue.
- 11.—Dios tutelar, el alma de los mayores. En aymara: achachila.
- 12.—Mantelete de tejido generalmente fino, destinado a llevar la coca.
- 13.—Conchas de moluscos.
- 14.—Jefe. Persona o cosa que sobresale por sus cualidades.
- 15.—Libación en honor de los dioses de la tierra que se hace arrojando gotas de bebida al aire, al suelo, etc.

P O E M A S

Por Rubén Azócar

CALENDARIO

Cuatro flechas clavadas hacia el corazón del viento son las campanas de la iglesia entristecidas yo voy con mi hato de caminos con el rebenque con el que me arrotaba mi padre y lo hago saltar volviendo al pueblo

LA NUEVA POESIA KESHWA

Lekechuqunas (*)

Por Inocencio Mamani

Kochapatapi lekechuqunas
yawar echara nawintin
wakaspa maskkanqu chinqaska urpisitunta
Kayna ppuuchay, qunan ppuuchay, qaya tuta
machananqumanta tapunaquinco
musfapa wauunata jina
puqa nawisituntin komer schurunaqunaka
Lekechituy lekechituy imapa jtaj machayqurkanki
chakisituykiqunapas tturo juntallañan qaskian
allinta kawaquy—chaymantataj
puquy puquy jina
qajniykita atipachiquaj
wajhaqhaqespa kapariy
ojj wallpita jina
chaupi tutaj sonkonta takisajnisaykiki
Sapa ppuuchay
wakaskianki quqaj wallinqunapi
pacha suttivaypaj machu phesqkitun
warmiykej wisanpapas mana yupaychaspas
ama ari yupata machaycho
ichaka yuraj qaquy
chaupi ppuuchay keulla jina.

(*) Leke-leke, centinela, Vanellus resplans.

PERU

Los Lekechos

(Traducción)

Dicen que los lekechos a la orilla del lago, con ojos inyectados de sangre, buscan, llorando; su palomita ausente. Desmayados, como si fueran a morir, los picos verdes y los ojitos colorados, se preguntan por la borrachera de ayer y por la de mañana y la de hoy... ¡Lekechito! ¡Lekechito! ¿para qué te emborrachaste?

Hasta tus patitas se llenaron de barro Ah, pero ten cuidado: no sea que como el buho pierdas la partida, que por cantar al corazón de la noche ahora grita como una gallineta. Viejo pajarito del alba! Todos los días en los cocales del valle estás llorando sin respetar el vientre de tu hembra.... No te alcines, pues, y sé blanco como la gaviota al medio día!

Se sumergen las campiñas y los altos árboles al fondo de mi polvareda de vagabundo envejecido ambulante lluvia mojada de gris trémulo rociando el corazón desnudo de los pueblos. Solariega barca llena de canciones muertas anclada en medio de los cerros fugitivos

Desde todas las orillas de los cielos inmóviles vuelan innumerables bandadas de pájaros viajeros

Cenida de albas lucentes te alzas a la orilla de mi soledad ah tu nombre de flor campana de nostalgia pintas tu vaga imagen color de cielo distante niña de anillos inconcluso sugetas la luna con caminos de de humo al fondo de tus ojos como profundas cisternas

Prisionera como una estrella palpita tu voz en la colina

Asustas la tristeza árbol de pájaros lluviosos y tú sonrías como la ola

Ahora dame la dulce flor que te prendo a la boca y tus senos son dos alondras infinitas.

H I M N O

Hé ahí mis palabras molino vagabundo columpio de aguas azules espejo de otoños amarillos al otro lado del mar pliegan las velas del crepúsculo como una playa solitaria mi soledad está anocheciéndose

